

FRANCISCO
ORTEGA



TESOROS
CHILENOS

TESOROS
CHILENOS

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2025, Francisco Ortega
Derechos exclusivos de edición
© 2025, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Catalina Chung Astudillo
Mapas e íconos: Daslav Maslov
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: mayo de 2025

ISBN: 978-956-408-736-8
RPI: 2025-A-1735

Impreso en:

FRANCISCO ORTEGA

TESOROS
CHILENOS



FANTASMAS DE GUERRA

En septiembre del año pasado, Jorge no solo cumplió cuarenta y cinco años, sino también diez desde su retiro del Ejército de Chile, donde llegó al grado de capitán, carrera en la que no siguió ascendiendo por culpa de su rodilla derecha.

—Habría llegado a general —se ríe mientras juega con una galleta de coco, untándola en la espuma de su cortado. Estamos en una de las dos mesas ubicadas junto a los ventanales de una cafetería en el centro histórico de Arica y alcanzo a distinguir el clásico edificio de la Gobernación, las palmeras de la plaza Vicuña Mackenna y el imponente morro que vigila con todo su peso histórico a la ciudad nortina—. No, en serio —da un sorbo—, la rodilla solo aceleró las cosas.

Me cuenta que se la fracturó durante unos ejercicios de paracaidismo cerca de Rancagua. Se recuperó rápido, pero quedó con un dolor crónico que lo acompañó durante sus últimos siete años de servicio.

—La ventaja es que pude pedir traslado primero a Iquique y luego a Arica, donde vivía y aún vive mi familia. Dejé la parte dura de la vida militar y me convertí en un ratón de biblioteca.

Y no es un decir. Terminada su formación en la Escuela Militar, Jorge cursó Licenciatura en Historia en la Universidad Católica, egresó y se tituló como profesor de enseñanza media en esa disciplina. Dado que a sus superiores les interesaba la formación integral, lo apoyaron en todo.

—Era el bicho raro del Campus San Joaquín. Ya sabes, un milico estudiando Historia. Parece extraño, pero nunca tuve problemas. Ni siquiera con mis compañeros de izquierda —se ríe—; hasta me invitaban a los carretes y me obligaban a cantar a Silvio Rodríguez y Víctor Jara para molestarme; todo en buena, sí...

—¿No te gustan Silvio y Víctor?

—La verdad, los conocí recién en la universidad, ahora soy fanático.

Conocí a Jorge en 2009, para el rodaje de la serie *Adiós al Séptimo de Línea*, que emitió el canal Mega. El entonces capitán fue nuestro asesor histórico y guía tanto en Fuerte Baquedano, ahora conocido bajo la designación oficial de Campo Pozo Almonte, como en el Museo Histórico Militar de Iquique, donde era encargado de la mantención y recolección de vestigios de la Guerra del Pacífico. Más de diez años después volvimos a encontrarnos, ahora en Arica y por motivos distintos. En mi caso para una feria del libro, en el suyo para contarme otra de sus historias de tesoros del norte.

—¿Te acuerdas de lo que les conté esa vez sobre los contrabandistas de reliquias?

En 2009, Jorge nos relató acerca de la parte desconocida tanto de su trabajo como de la misión de resguardo histórico que el Ejército realiza en el norte. Muy poca gente sabe que existe una red de tráfico de reliquias del conflicto, que van desde balas y municiones hasta uniformes, cascos y armas. Menos es sabido que el desierto del norte de Chile (y el sur del Perú) está lleno de esos «tesoros» y que es cosa de escarbar un poco en los sitios cercanos a las batallas para encontrar restos que valen mucho en el comercio ilegal. Eso da pie a la existencia de mafias de saqueadores en Arica, Iquique y Antofagasta, grupos organizados en bandas, vinculados al narcotráfico incluso, que se dedican a conseguir y a robar para estos ricos fanáticos de la guerra.

—Lo que voy a contarte pasó poco antes de mi retiro, después de que trabajáramos juntos para la serie del Mega.

—2012 o 2013...

—Por ahí, más tirado hacia el 2013. El caso es que me encontraba siguiendo la pista de un grupo de rapiñadores que operaba hacia la costa, en la zona de Pisagua...

—¿Con tu equipo de la Policía Militar?

—Y con ayuda de Carabineros y la PDI. Como hay un vacío legal y no cae dentro de lo patrimonial, porque básicamente es basura —de verdad usa esa palabra—, había que encontrar otras tipificaciones de delito, y ahí entraban las policías institucionales. Aunque tampoco se lograba mucho.

—¿Y se sabía quiénes eran los clientes?

—Puros supuestos, pero en su mayoría europeos y millonarios de Medio Oriente, coleccionistas de todo lo que tenga que ver con lo bélico. Museos privados, etc.

—¿Y excéntricos chilenos?

—Tal vez —se encoge de hombros—, la Guerra del Pacífico tiene muchos fanáticos —ambos miramos hacia el morro de Arica, quizás al mismo tiempo, pensando en los eventos del 7 de junio de 1879.

Es cierto lo del fanatismo por la Guerra del Pacífico, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. De hecho, dada la participación indirecta en el conflicto de Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos, no son pocos los historiadores contemporáneos que incluyen este conflicto en un gran panorama mundial. David Stevenson, por ejemplo, en *1914-1918: Historia de la Primera Guerra Mundial* sostiene (a pesar del título de su libro) que en realidad no existen ni la Primera ni la Segunda Guerra Mundial, sino un solo gran estado de guerra en Occidente que empieza en 1853 con la Guerra de Crimea y termina en 1945 con la caída del Tercer Reich y el ataque con bombas atómicas contra Japón. Stevenson incluye la Guerra de 1879 en este gran escenario bélico, ubicándolo entre la Guerra ruso-turca y la Guerra de los Balcanes, periodo en el cual la paz fue un estado inusual en Europa y América.

—Me llamaron un sábado como a las once de la noche. Carabineros había recibido una denuncia de gente extraña que andaba con linternas y herramientas en el cementerio de Zapiga, un poco más al norte del sitio donde ocurrió la Batalla de Dolores —relata Jorge.

La Batalla de Dolores, también conocida como Batalla de San Francisco, detonó el 19 de noviembre de 1879. Las fuerzas chilenas, comandadas por el coronel Emilio Sotomayor y compuestas por aproximadamente 6.500 hombres, avanzaron sobre las posiciones aliadas, que contaban con unos 7.400 soldados bajo el mando del coronel Juan Buendía. A pesar de la tenaz defensa de los aliados, la superioridad en armamento y disciplina de las tropas chilenas resultó decisiva y, tras varias horas de combate, las fuerzas de Perú y Bolivia fueron derrotadas. La victoria chilena en Dolores permitió la ocupación de la ciudad de Iquique y consolidó el control sobre la región de Tarapacá.

—En ese cementerio hay enterrados soldados de ambos bandos. Y en la época los enterraban con uniforme y sus armas, por una cosa de honor militar.

Jorge estaba de noche libre, pero el deber llamó. Ordenó de inmediato a su grupo de policías militares y largaron desde Iquique rumbo a la localidad de Zapiga, poco más de ciento veinte kilómetros hacia el norte. Un trayecto que en la norma tarda una hora y quince, pero que con el apoyo de las balizas cubrieron en apenas cuarenta minutos.

—Miraba el velocímetro en el lado del conductor, estábamos como en una película de acción —evoca.

—¿Ustedes iban armados?

—Son bandas vinculadas al crimen organizado. El Tren de Aragua diez años antes del Tren de Aragua...

Una respuesta equivalente a un sí.

Apenas Jorge y sus hombres se apersonaron alrededor del pequeño cementerio de Zapiga, divisaron conos de luz de linternas moviéndose alrededor de las tumbas.

—Y el murmullo de un grupo que debía de andar por los siete u ocho individuos. Risas y gritos de apurarse. Le ordené a uno de mis hombres que disparara al aire, mientras la PDI y Carabineros nos ayudaban a rodear el camposanto. Bastaron un par de tiros para que los bandidos escaparan como alma que lleva el diablo. Dejaron tiradas sus herramientas y desaparecieron en la noche, lo que es fácil en esos descampados.

—¿No hubo respuesta violenta ni nada?

—No, gracias a Dios. La posibilidad era cierta porque estas bandas están relacionadas con gente muy mala, ya te he lo puesto en contexto. Nadie quiere un intercambio de balas...

—La PDI o Carabineros no intentó seguirlos...

—Trataron de atraparlos, pero si conoces la noche de Tarapacá, sabes que es casi imposible encontrar a alguien en la oscuridad o las quebradas.

—¿Y qué pasó con la tumba ultrajada?

—Tumbas, en plural —recalca—. Cuando llegamos había tres sepulcros abiertos. Dos habían sido saqueados y, fuera de los huesos dentro del ataúd, no dejaron nada. En lo que recibimos la denuncia y nos apersonamos tuvieron poco más de una hora para llenar una camioneta y sacar lo que alcanzaran.

—¿Había huellas de vehículos?

—Es pampa, arena, polvo; estaba lleno de huellas, no había manera de saber si alguna era reciente... Dos tumbas abiertas, con las osamentas desordenadas y todo desparramado, sin reliquias.

—Mencionaste una tercera tumba.

—Sí, no alcanzaron a abrir el ataúd. Estaba en medio del agujero, con la tapa abierta, y se alcanzaban a ver los colores de un uniforme chileno.

—Otro soldado desconocido.

—Como todos los de ese cementerio —Jorge levanta la mano y pide otro cortado. Me pregunta si quiero algo más. Accedo y pido un jugo de naranja, solo tienen de mango. Acepto el cambio.

—Lo primero que hizo el equipo fue cerrar las tumbas abiertas. Por una cuestión de respeto y porque a los muertos hay que dejarlos descansar en paz.

—¿Supersticioso?

—Cuando termine de contarte esta historia vas a entenderlo —esperamos a que traigan y ordenen sobre la mesa el resto del pedido. Arriba, más allá, junto a la enorme bandera que flamea desde lo más alto del morro, un par de parapentes se dejan caer en círculos hacia la cercana

isla (ahora península) del Alacrán—. El asunto es que teníamos una tumba abierta y no la podíamos dejar así; tampoco taparla, porque sabiendo que dentro del ataúd había un uniforme completo, los ladrones podían volver.

—¿Y dejar un destacamento...?

—Horas-hombre cuidando un cementerio... Esto es Chile, ¡el norte de Chile! —subraya bufando—, las cosas no funcionan como en las películas. Además todos eran miedosos, no se iban a quedar ahí solos en medio de la nada. Huevón, esta tierra está llena de sucesos extraños, tú lo sabes.

—¿Entonces, qué hicieron?

—En mi carácter de funcionario del Ejército y encargado del Museo Histórico de Iquique, opté por la vía oficial, tomar posición de los restos como reliquias, y procedimos a desenterrar el cuerpo para trasladarlo...

—Cuerpo incluido.

—No, solo los restos del uniforme y las pertenencias con las que lo enterraron, que eran un cuchillo, una pistola y un fusil.

—Un *Peacemaker* —preciso: el revólver usado por las tropas de entonces era el Colt Single Action Army, de origen estadounidense, apodado «Pacificador» por los usuarios.

—Y un Comblain de retrocarga —detalla el excapitán— junto a un corvo. Viejos, oxidados, podridos —exagera—, pero codiciados por los coleccionistas.

—¿Y qué hicieron con los vestigios?

—Me los llevé.

—¿Al museo?

—No. A esa hora, las dos de la mañana, si entraba al museo iban a saltar las alarmas. Decidí llevarlos a mi casa y guardarlos ahí hasta el lunes. Mala idea —sorbe su café y mira hacia el morro—. El desierto está lleno de secretos, algunos es mejor dejarlos enterrados —suspira.

A pesar de la oposición de sus subordinados, Jorge llevó la ropa y las armas del soldado desconocido a su hogar. Buscó una caja plástica, dobló cada pieza dentro y la guardó en el baño de visitas del departamento.

—A eso de las tres o cuatro de la mañana me di una ducha caliente para relajar el cuerpo y meterme a la cama. Era domingo y podía dormir hasta tarde. Pero bastó que apagara la lámpara del velador para que empezara el *show*...

—¿Qué *show*?

—Fantasmas, Ortega. Esa clase de *show*.

Apenas el exoficial cerró los ojos, sintió un golpe en la puerta del baño donde había guardado la caja con las reliquias. Luego la luz del dormitorio se prendió sola.

—Igual que en una película de terror. Me asusté, pero me acordé de que mi abuelo decía que cuando te penaban tenías que gritar retando al fantasma, así que eso hice. Le mandé un par de garabatos, le dije que me dejara dormir y apagué la luz. Fue para peor... Me sacó de la cama.

—¿Cómo que te sacó de la cama?

—Tal cual. Alguien tiró las sábanas y me destapó, luego me agarraron de los pies y me bajaron, un costalazo fuerte. Entonces me di cuenta de que la cosa era en serio. Me levanté y salí de la pieza. El departamento donde vivía pertenecía al Ejército, era de los que entregaba a oficiales solteros: una pieza y media, dos baños, cocina, logia y living comedor; muy funcional, de la década de los ochenta...

—Puedo imaginarlo perfecto —es cierto.

—Me dirigí al living. ¡¡Huevón, estaba todo desordenado!! Las puertas de todos los muebles abiertas, libros y revistas repartidos por todas partes, mi colección de CD con las cajas quebradas en el piso, las ventanas abiertas. En la cocina todo era peor, copas y platos quebrados... Y en el baño de visitas —me mira—, la caja donde tenía las reliquias estaba como quemada, con manchas de cenizas.

—¿Te dio miedo?

—Se supone que soy un valiente soldado, pero me recagué de miedo.

—¿Qué hiciste?

—Esperé a que saliera el sol. Luego tomé las pertenencias del fantasma y las subí a mi auto. Manejé callado y sin música hasta Zapiga, fui al cementerio y regresé el tesoro a su sitio.

—Y en tu casa nunca más...

—Nunca más. Cuando lo conté en el museo saltaron al tiro historias parecidas. Llamamos a un sacerdote para que santiguara el lugar, mejor prevenir que curar. Las reliquias cuidadas por muertos hay que dejarlas ahí.

Es sabido que los restos de la Guerra del Pacífico no son los únicos tesoros ocultos bajo las áridas pampas del desierto. Hacia fines del siglo XVI comenzaron a escucharse relatos acerca de que los incas habrían enterrado parte de su oro en algún lugar de la costa cerca de Arica para evitar que este cayera en manos de los conquistadores españoles.

—Cuando era chico —recuerda Jorge—, algunos profesores nos contaban que el oro del Cuzco estaba debajo del morro y por eso el peñón era tan importante... Cuentos de la gente de acá. Sin embargo, había un detalle que a los niños nos dejaba pensando que tal vez el oro en verdad estaba ahí. ¿Has escuchado que el morro de Arica ronca?

—No —ahora necesito un café.

—Hace ruidos internos, cruje, adelanta los temblores. Es un fenómeno natural, pero que los antiguos atribuían a causas sobrenaturales. Bueno, de chicos nos decían que el morro roncaba de tan lleno de oro que estaba.

Si el oro está o no bajo el morro es solo un detalle en esta historia, que emergió por el rico pasado incaico de la zona y por los hallazgos arqueológicos que se han encontrado en los acantilados costeros o hacia el interior de las quebradas.

La leyenda retrocede hasta el año 1532, cuando Francisco Pizarro y sus hombres, empujados por sueños de riqueza, pusieron pie en el imperio de los hijos del sol. Arica servía entonces como un puerto estratégico para los incas. Con la llegada de los conquistadores, los rumores de un tesoro escondido en la localidad comenzaron a circular, alimentados por el miedo y la desesperación de un pueblo que veía cómo su mundo era tomado por extranjeros. Se decía que los sacerdotes, en un intento desesperado por proteger el legado de su gente, fueron los responsables de ocultarlo.

Las historias hablaban de cuevas enclavadas en los cerros y de cajas soterradas que eran vigiladas por espíritus ancestrales. Una leyenda

asegura que este tesoro estaría bajo una roca color ocre con manchas azulinas y pequeñas hendiduras, la cual se encuentra en el valle de Aza-pa. Bajo esta reposan cántaros de greda repletos de monedas de oro y plata. Sin embargo, al estar muertos sus verdaderos propietarios, estas reliquias pasaron a ser propiedad de la tierra y a ser vigiladas por el mismo diablo, que se encarga de cobrar a todo quien se atreva a hurgar bajo la piedra.

Oreste Plath sitúa el botín en la ciudad perdida de Huatacondo o Guatacondo, hacia el interior de una quebrada cercana a la cordillera a doscientos treinta kilómetros al este de Iquique. La tradición sostiene que es un pueblo perdido, habitado por los espectros de conquistadores españoles que llegaron a Chile antes que el resto, con el propósito de proteger el oro robado a los incas. Cuando en 1537 la expedición de Diego de Almagro regresó al Perú, se encontraron con las ruinas del pueblo y los cadáveres de sus fundadores, aplastados por lo que parecía haber sido un gran terremoto. Del oro robado nada, a pesar de que cavaron en los alrededores. Años después se fundaría en el lugar el actual villorrio que según la tradición protege la entrada secreta a la ciudad perdida. Pero ¿hay pruebas de que esto sea más que una leyenda? Una bastante curiosa: las dos grandes campanas de la iglesia del real Huatacondo, que datan de 1670, están hechas de oro recubierto por cobre. ¿De dónde salió ese oro? En este mundo hay más preguntas que respuestas.

Otra versión apunta a la quebrada de Apanza, en el valle de Codpa. Coinciden los relatos en la existencia de una enorme piedra en la ladera sur de un cerro, en el que, a pesar de los años, se distingue una raya vertical y otras doce de un color rojo desteñido que salen de su interior de manera oblicua. Esta lectura sostiene que las marcas corresponden a trazas hechas con la sangre de un esclavo negro que fue sacrificado por los ladrones del tesoro inca con el propósito de marcar el sitio donde lo enterraron, para así ubicar el tesoro en un futuro.

Con el paso de los años, muchos aventureros y cazadores de tesoros llegaron a Arica guiados por mapas antiguos y relatos de viejos cronistas. Las expediciones a menudo terminaban en fracaso, con los

buscadores regresando con las manos vacías, incapaces de descifrar las señales dejadas por los originarios o de superar las adversidades del inhóspito desierto y los escarpados farellones rocosos de la costa. Al respecto, en 1962 se publicó en el *Anuario de Montaña* la crónica titulada «El Oro del Inca en las tradiciones andinas», firmado por Evelio Echeverría. En ese texto se indica que otros posibles lugares donde este vasto tesoro fue enterrado son el cerro Pomarata, el volcán Llullaillaco, el cerro Las Tórtolas, el Quimal y la cordillera Doña Ana.

—Mi abuelo contaba que cuando él era niño, en la década de 1940, arribaron hartos gringos a buscar el tesoro. Hubo varias expediciones, que aparecían en la prensa local y la radio, pero nunca encontraron nada.

—Excavaron el morro.

—Que yo sepa, no. Según el tata iban por la costa en dirección a Iquique, otros optaron por las pampas. No pasó nada, no hallaron nada.

—Quizás el tesoro de Arica esté precisamente donde dice la leyenda, acá debajo.

—Puede ser, por eso hay tanto duende en esta ciudad. No ves que dicen que los duendes cuidan los tesoros.

—Como tu fantasma en Iquique.

—No embromes, yo te hablo en serio. Si te quedas acá, sentado en esta mesa y mirando hacia la Gobernación, vas a ver a un duende. A un «gentil», como los llaman acá.

—Cuidando las casas viejas.

—O al tesoro de Arica, tú lo acabas de decir. Tal vez acá abajo esté el oro perdido, somos todos ese oro. La gente es el tesoro.

—O el tesoro es la gente, que es parecido, pero no lo mismo.

Me quedé hasta pasado el mediodía sentado en la mesa del café. Cuando Jorge se marchó, aproveché de contestar correos y terminar unos pendientes. No voy a mentir, de vez en cuando se me iba la vista hacia la esquina. Nunca vi un duende.